

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

**Dominica 11 despues de Pentecostés.**

*Bené fecit omnia.*

MARC. VII, 37.

Bien lo ha hecho  
todo.

Habiendo salido el Salvador de los confines de Tiro, fué por Sidon al mar de Galilea atravesando el territorio de Decápolis. Y le trajeron un sordo y mudo, y le rogaban que pusiese la mano sobre él. Era grande la concurrencia, y mandó Jesús que le sacasen aparte de entre la gente. Y acercándose al sordo y mudo, le metió los dedos en sus orejas, y humedeció con saliva su lengua. Levantó Jesús los ojos al cielo, exhaló un profundo gemido, y le dijo: Ephphetha, que quiere decir: Sé abierto. Y al punto fuero abiertas sus orejas, y fué desatada su lengua, y hablaba

bien. Jesús mandó á los que habian presenciado el milagro que á nadie lo dijesen; pero cuanto mas se lo mandaba, tanto mas lo divulgaban. Y poseidos de admiracion, decian; Bien lo ha hecho todo: á los sordos ha hecho oír, y á los mudos hablar.

Vamos á sacar del texto evangélico la doctrina práctica que mas convenga á nuestro espíritu y al supremo interés de nuestra eterna salvacion. Páreceme que debemos aspirar con todas nuestras fuerzas á merecer el elogio, tributado por las turbas á Jesucristo: Bien ha hecho todas las cosas, decia la entusiasmada muchedumbre. No basta hacer obras buenas, sino que es necesario hacerlas bien; pues lo bueno que hagamos sino ha sido bien hecho, no tendrá valor alguno en la presencia de aquel

Dios que escudriña los pensamientos y las intenciones y somete á juicio riguroso las mismas justicias. Sin perder de vista el texto evangélico y tomando lecciones y ejemplos del Maestro y modelo de los hombres, trataré de probar *la necesidad de hacer bien las obras buenas para que sean meritorias de la vida eterna.*

—  
También nosotros caminamos al mar de la muerte, atravesando el desierto de este mundo, y mientras dure nuestra peregrinación, debemos ocuparnos en hacer obras buenas, agradables á Dios y meritorias de la vida eterna. Pero entended que nada bueno podemos hacer en el orden de las eternas recompensas, ni aun tener un pensamiento saludable sin la gracia de Dios, raíz fecunda de toda obra laudable y meritoria. Si estais en pecado mortal, nada valen vuestras obras en la presencia de Dios por buenas que aparezcan á la vista de los hombres. Aunque os entregéis á la oración y á la piedad, y practiquéis con diligencia y asiduidad todos los deberes cristianos, si estais en pecado mortal, por mas que esos actos sean buenos y recomendables, os digo que nada valen para la vida eterna. Aunque hagáis las mas rigurosas pe-

nitencias, y crucifiquéis vuestra carne con ayunos, privaciones y cilicios, sino estais en gracia de Dios, sino teneis caridad, nada haceis en el orden de los merecimientos. Aunque hagáis muchas limosnas y socorrais muchas necesidades, y seais tenidos por hombres de bien, por hombres de buenos sentimientos, por muy honrados en vuestra vida y por muy caballeros en las relaciones sociales, sino estais en amistad con Dios, si os hallais en estado de culpa mortal, el Apóstol os dice que todas vuestras obras nada son, nada valen, nada pesan en la balanza de la divina justicia, y no hay galardón para ellas en la patria de las inmortales recompensas. El que ama á Dios, no está unido á Dios, el que no está unido á Dios que es la vida, está muerto en el orden sobrenatural, y si está muerto, ¿cómo ha de hacer obras de vida sobrenatural, meritorias de la vida eterna? *Qui non diligit, manet in morte.* Primero es existir que obrar, enseña la filosofía. La gracia santificante es la vida sobrenatural del hombre; el pecado es su muerte. Para obrar en el orden sobrenatural, es indispensable que vivais en ese mismo orden y para tener esa vida, es preciso que resuciteis del sepulcro del

pecado que es la muerte. El que hace el pecado, es siervo del pecado. De donde podeis inferir que la primera condicion para hacer *bien* las obras buenas, es salir del triste estado de la culpa y reconquistar el sublime estado de la gracia. Pero ¿quién obrará esa maravilla? Porque los mas grandes doctores de la Iglesia enseñan que la justificacion del pecador es obra mas grande que la creacion de los cielos y de la tierra con todas sus maravillas. Si estais en pecado, ¿quién os dará la vida de la gracia? ¿quién obrará en vosotros esa trasformacion, superior á todas las fuerzas de la naturaleza? Hé aquí el Hijo de Dios que hace bien todas las cosas. Dá vista á los ciegos, oído á los sordos, salud á los enfermos y vida á los muertos. El pecado os arrebató la vida del alma, os hizo sordos, ciegos y mudos, porque todas las facultades, el entendimiento, la imaginacion, la memoria, la palabra, participan de los extragos que causa la culpa. *Et adducunt ei sordum et mutum.* Pero donde abunda el pecado, causando la muerte, sobreabunda la gracia comunicando la vida. Acérquese el pecador á Jesucristo, y que le lleven á sus piés deseos ardientes de salud, pensamientos inspira-

dos por la fé, propósitos firmes de conversion sincera y de radical enmienda, sométase de buen grado á la autoridad de su Ministro, confiese humildemente sus pecados, duélase intimamente su ceguedad y sordera, y el Señor derramará en su espíritu los dones del Espíritu Santo y su celestial sabiduria, simbolizados por la sáliva y los dedos, con lo cual se obrará en su alma una trasformacion prodigiosa, recobrará la amistad de Dios, será revestida de la gracia, y todas sus facultades se moverán con holgura en el órden divino, sobrenatural y meritorio, á impulso de las gracias actuales que Dios concede á las almas convertidas para ejercitarse en las virtudes y acrecentar la nueva vida con los dones recibidos. *Et Statim aperta sunt aures ejus, et solutum est vinculum linguæ, eju., et loquebatur recté.*

Pero entendedlo bien: aunque desde este feliz momento de vuestra santificacion podeis hacer obras buenas, es preciso que las hagais bien para que sean meritorias de la vida eterna. Aun las obras mas insignificantes, y pequeñas, como sean bien hechas, pueden tener un mérito extraordinario y un valor grandísimo en la presencia de Dios

que colma de alabanzas el óbolo de una viuda y promete galardón eterno á la limosna de un baso de agua, dado en su nombre y por su amor, al pobre sediento. La primera condicion, que es como la raiz, y el fundamento de las buenas obras, llámase pureza ó rectitud de intencion. Tendreis intencion pura y recta cuando os propongais en todos vuestros actos la gloria de Dios, la santificacion de vuestra alma, y el bien de vuestros prójimos. Haced todas las cosas con el fin de agradar á Dios, enderezad vuestros pensamientos, vuestros deseos, vuestras palabras y vuestras obras al servicio de Dios, y yo diré de vosotros lo que las gentes decian de Jesucristo *bene fecit omnia*. Bien haceis todas las cosas. Ora comais, ó bebais, ora trabajéis, ó descanséis, hacedlo todo, dice el Apóstol, con el fin de agradar, y servir á Dios. Que Dios y su gloria sea el fin de nuestras obras, como es el principio de todas ellas, y saldrán bien hechas, á saber; serán obras sobrenaturales, aceptas á Dios, y meritorias de su gloria. Si en vez de buscar la gloria de Dios, buscáis los aplausos de los hombres, en verdad os digo que ya recibisteis vuestro galardón. Si en vez de intentar el servicio

de Dios y vuestro espiritual aprovechamiento, haceis lo bueno por vana gloria, por interés, por rutina, por respetos humanos, por agradar á los hombres y captaros sus simpatías, todo lo que hagais, es vano, inútil y perdido para vosotros, vano, reprobado y abominable á los ojos de Dios. Por el contrario, si tu ojo es claro, puro y luminoso, dice el Evangélio, todo tu cuerpo será hermoso y resplandeciente. La intencion es á las operaciones del alma, lo que el ojo y la lud á los movimientos del cuerpo, y así como serian inciertos y peligrosos los pasos del hombre privado de vista ó de luz, del mismo modo serán desconcertadas las obras de aquellos cuya intencion no sea agradar y glorificar á Dios, último fin de la criatura racional, iluminada y dirigida por la doble antorcha de la razon y de la fé.

Conviene además tener presente que Dios nos mira, que están fijos en nosotros sus ojos, más resplandecientes que el sol, que sondea los abismos del corazon humano, y escudriña los pliegues y repliegues de nuestra conciencia abierta siempre como un libro á su penetrante mirada sin que se le escape ni uno solo de nuestros deseos, pensamientos

y propósitos. Y sabiendo que Dios nos mira, que penetra nuestras intenciones, y pesa con infalible discernimiento nuestras palabras, nuestras obras, y hasta los pensamientos más íntimos, ¿cómo podemos obrar mal en su divina presencia? ¿quién osará cometer el pecado, ofender al Juez que le ha de castigar con penas eternas? Y ¿cómo no hemos de vigilar, y atender, y desvelarnos para que no tengan defecto, imperfección ni deformidad nuestros pensamientos y deseos, nuestro lenguaje y nuestras obras?

Pensad por último en la muerte, cuando vais á ejecutar alguna obra buena, ejecutadla como si hubiese de ser la última de vuestra vida, y saldrá bien hecha. Como lleveis á la práctica las reglas de conducta qué acabo de exponer; es decir; como salgais del estado de culpa mortal y recobreis el estado sobrenatural de la gracia; teniendo pureza y rectitud de intención, andando siempre en la presencia de Dios y temiendo la severidad de sus juicios, pensando; hablando, y obrando como quien va á morir, como quien va á comparecer ante el Juez inexorable de vivos y muertos, podemos atesorar inmensas riquezas de méritos y

virtudes para comprar con ellas el reino de la gloria.

Así se avaloran los actos más sencillos de la vida, las ocupaciones más insignificantes y las acciones más comunes y vulgares. Así se dá ocasión al labrador para convertir en méritos sus fatigas y sudores; así se ofrece dichosa coyuntura al obrero, al artesano, al hombre de negocios, á la madre de familia, á todo trabajador para santificar sus ocupaciones, y negociar su salvación eterna.

Trabajad, pues, como buenos operarios en la viña de vuestra alma, mientras es de día, porque viene la noche es decir, la muerte, y recibireis el fruto de vuestro trabajo en la casa de vuestro Padre donde sereis bienaventurados por toda la eternidad, Amen.

---

VALE MÁS LA BELLEZA DEL ALMA  
QUE LA DEL CUERPO.

(Conclusion.)

Al mismo tiempo se supo en el pueblo por el ama del cura, que este habia hecho vender seis camisas, una sotana y un sombrero nuevo, que le habian regalado: que habia hecho componer su sotana vieja, y sacado del rincón de un armario un sombrero todo raído, y que no se habia puesto hacía medio año. Se supo también al mismo tiempo, y por la misma ama, á pesar de que el cura le

había prohibido decirlo, que éste no comía ya carne, ni bebía vino en su comida, y que no almorzaba más que un pedazo de pan. Santiago se reía grandemente de estas noticias: «*Polichinela* estará, decía, bastante bien con una sotana y sombrero viejo: cambiando de método de vida, ¿esperará tal vez mudar de cara? Si lo hiciera así, se lo aprobaría de todo corazón.» Nadie se reía de las majaderías de Santiago, y este rabiaba de cada vez más. Entre estas y las otras al fin llegó la tarde del día en que había de celebrarse la venta de su casa, y místico y cabizbajo se hallaba dentro de ella, rodeado de su familia, cuando oyó que llamaban á la puerta, que él había mandado cerrar.

—¿Si será el alguacil? dijo su mujer.

—¡Eh, no tal! dijo Santiago abriéndolo. ¡Toma, si es *Polichinela*.

Y quedándose un poco cortado, llevó su mano al sombrero, con el aire de bábica que tomaba cuando quería disimular su cólera.

—Señor Santiago, dijo el cura, como habeis roto todas las estampitas que he dado á Virgilio, quiero hacerle otro regalo y le traigo mi retrato.

Diciendo esto, le dió á Virgilio un magnífico *polichinela* hecho de carton y madera. Santiago estaba ya furioso.

—Usted está burlándose de mi, gritó.

Más Virgilio gritaba más fuerte.

—Papá, papá, dame el *polichinela*, que lo quiero.

Por contestacion recibió un puntapié de su padre.

—Ved ahí el caso que haceis de los regalos que traigo á vuestro hijo, dijo el

buen cura: quiero, á pesar de eso, darle todavía este caballito de madera, repitió, preséntándole el nuevo juguete.

Virgilio abrió sus ojos y sus brazos, pero Santiago, desesperado, le arrancó el caballo de las manos.

—Con juguetes se me viene ahora, cuando es probable que no tengamos que comer; y arrojando el caballito contra el suelo, le hizo mil pedazos. ¡Mas oh sorpresa! oyóse un sonido metálico, y del vientre del caballo roto salieron á la vez 15 monedas de oro de á 4 duros. Santiago y su mujer no podían creer lo que veían.

—¡Perdon, señor! gritaron, mientras Virgilio lloraba la pérdida de su hermoso juguete y recogía á toda prisa el tesoro. Mientras tanto el cura se había largado, pero no fué ya difícil á Santiago y á su mujer y al pueblo entero pensar de dónde había venido este inesperado socorro.

Al día siguiente fué pagado el acreedor de Santiago, y de allí á poco tiempo era este el mejor cantor en el coro de la iglesia, y Virgilio uno de los más asiduos monaguillos del cura: la mujer de Santiago vió recobrar á su casa mayor orden y aseo, y el tío Juaneho, que ya no tenía ningun parroquiano, cerró la taberna y se convirtió bien pronto en uno de los mejores labradores del pueblo. Todos sus moradores repetían con alegría: «*Que la belleza del alma vale mucho más que la del cuerpo*».

#### MILAGROS EUCARÍSTICOS.

LA SANTA HOSTIA DE DOUAI EN FLANDES

En el año 1254, un sacerdote que aca-

baba de distribuir la Comunión pascual en la iglesia de San Amado, en Douai, Flandes, encontróse una hostia en el pavimento. Vivamente afectado, arrodillábase para cogerla, cuando ella por sí misma se levantó y fué á colocarse encima del purificador.... El sacerdote llamó enseguida á los canónigos: acudieron éstos, y completamente maravillados quedaron viendo, no ya la ostia, sino el sagrado Cuerpo de Jesucristo, bajo la forma de un niño de una hermosura celestial. También fué convocado el pueblo, y todos indistintamente fueron testigos del prodigio.....

«Como este milagro metiese mucho ruido,—escribe un historiador de la época,—trasladéme personalmente á Douai; fui á la iglesia de San Amado, y habiéndome dirigido al Dean á quien conocía yo particularmente, le supliqué me dejase ver la Hostia milagrosa. Dió él sus órdenes, abrióse el copon y vi la santa Hostia.... A todos los circunstantes les oía exclamar que veían á su Salvador.... Pero yo no veía otra cosa que el Sacramento en forma habitual. Sorprendido y contrastado, consulté mi conciencia para saber si tal vez alguna falta secreta me privaba de la gracia que á todos los demás regocijaba, cuando en medio de sentimientos que no acierto á explicar, divisé la adorable faz de mi Señor Jesucristo. No era un niño el que yo veía: su cabeza, que se presentaba casi de perfil, ladeada hácia la izquierda, estaba ligeramente inclinada sobre su pecho; hallábase coronada de espinas y dos gruesas gotas de sangre se deslizaban por sus mejillas.... Caí de inojos, adorando al Señor y de-

ramando fervorosas lágrimas... cuando me levanté, había desaparecido la sangrienta corona, y ví únicamente á mi divino Maestro tal como debía ser durante los años su vida pública: larga era su nariz, arqueadas sus cejas, inclinados los ojos; flotaba la cabellera por encima de sus hombros; su pelo junto á las orejas y en torno de la boca era bastante espeso, y se encorbaba un poco debajo de la barba; su frente era alta y majestuosa, flaco su rostro, y largo el cuello y un poco inclinado, lo propio que la cabeza. Todo respiraba bondad en esta divina faz.

El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo se distinguía tan pronto bajo una forma como bajo otra diferente; unos le veían extendido en la cruz, otros en la majestad del juicio, y la mayor parte bajo la figura de un niño. Lo cual es una razón para hacer notar que en este milagro eucarístico, como en todos los demás, después de todo las especies sacramentales únicamente desaparecen para darnos testimonio de la verdadera presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento y no para mostrárnoslo en el imarcescible estado de su gloria, en el estado en que le veremos un día en el paraíso.

Este milagro de San Amado, examinado jurídicamente y autenticado, no solo por las autoridades eclesiásticas de aquel tiempo, si que también por los soberanos Pontífices Paulo IV y Clemente XIV, dió lugar á la célebre cofradía del Santísimo Sacramento erigida en aquella iglesia y que desde su fundación contó entre sus hermanos á una multitud de

personas de las más respetables por su categoría y por su piedad.

#### EL SACRO CORPORALE DE BOLSENA.

En el año 1264 aconteció en Bolsena, pequeña ciudad de los Estados Pontificios, otro milagro del cual se habló todavía mucho más que del anterior y que decidió al Papa Urbano IV á instituir la festividad y procesion solemne del Santísimo Sacramento, de que se estaba tratando hacia unos veinte años.

Un sacerdote, mientras estaba celebrando la misa en la Iglesia de Santa Cristina, se entretuvo, después de la consagración, en una culpable duda sobre la presencia real. Repentinamente el vino consagrado toma la forma y el color de la sangre: empieza á hervir, salta por encima de los bordes del caliz, cubre el corporal de dilatadas manchas de sangre, y cae hasta en los escalones de mármol de la peana del altar... El sacerdote asustado echa á correr, refiere lo que acaba de pasar, acúdense de todas partes, y averiguado el hecho, corren á prevenir al Soberano Pontífice, que se encontraba á la sazón á poca distancia de allí, en Orvieto. El Papa envió un Legado y muchos otros Prelados para asegurarse del hecho, y una solemne procesion, á la cual asistió el pueblo todo, trajo, á la Catedral de Orvieto aquel corporal divinamente ensangrentado, que todavía en la actualidad, se venera allí, y que es conocido en toda Italia con el nombre del *Sacro Corporale*, hallándose encajonado en un magnífico reliquiario. Las manchas, un poco des-

leídas ya por el tiempo, presentan, si no todas, por lo menos las más grandes, el perfil de la cabeza del Salvador.

Los escalones coloreados por la milagrosa sangre fueron igualmente puestos aparte, y los fieles pueden todavía venerarlos en Bolsena, en la misma iglesia donde tuvo lugar el prodigio.

El gran pintor Rafael escogió el milagro de Bolsena por asunto de uno de sus más bellos frescos de las *Stanzas* del Vaticano.

(Se continuará.)

#### LA EXISTENCIA DE DIOS.

Alaba, oh alma, á Dios. Señor tu alteza  
¿Qué lengua hay que la cuente?

FR. LUIS DE LEON.

¿Qué bello es contemplar del firmamento  
La transparente esfera,  
Cuando el radiante sol magestuoso  
Con blando movimiento,  
Cruzando el Eter, sigue su carrera  
Por la region vacía,  
De refulgentes rayos coronado  
Vida prestando al mundo y alegrial

¿Con qué no existe Dios? ¡Asaz locural  
Un Dios existe, de poder inmenso  
Que de la fria nada lo hizo todo.  
El hombre á su poder debe la hechura,  
A su poder los mundos la existencia,  
Y el alto firmamento, de otro modo,  
Nunca hubiera existido.  
Con poderosa mano  
Él dió vital aliento á cuanto existe,  
Sin haberle, Él, de nadie recibido  
Y de grandeza y mejestad se viste.